

ra conseguir la libertad política y descuidar la reforma social. Han creído que podían ellos tener prensa y parlamento, dejando solo á los siervos látigo y cadenas. Han creído que las ideas quedan, como vapores indecisos, allá en la mente, y no se encarnan aquí en la realidad. Han creído posible amalgamar la libertad y la servidumbre. Y cuando imaginaban que sus aspiraciones políticas no podían llegar hasta la mente del esclavo sujeto á la tierra, se han tristemente encontrado con que el esclavo era socialmente redimido, en odio á ellos, por los mismos déspotas, por los enemigos de todos. Así, en las guerras de 1848 y 1849, cuando los nobles de Hungría y los nobles de Galitzia peleaban por patria y libertad, no acordándose de que también necesitaban patria y libertad los plebeyos, el Emperador de Austria rompía sobre el terruño las cadenas de los siervos, y se conciliaba al pueblo, inspirándole sus propios sentimientos, el odio á la nobleza. El Emperador Alejandro había, pues, realizado una revolución en Rusia, una revolución, mediante la cual, en todos los dominios moscovitas, millones de hombres entraban resueltamente al goce de la verdadera vida con el goce del derecho, encontrando la raíz de la existencia social, es decir su inviolable personalidad.

Esta revolución social engendró verdadera revolución política. El régimen bárbaro de la censura previa fué esencialmente modificado. Reemplazó el régimen, no menos autoritario, pero más leve, de las advertencias, de las multas, de la supresión de periódicos. Es un progreso el sistema de ahogar las ideas sobre el sistema que no las deja nacer. El régimen judicial también hubo de cambiarse con la pérdida de los derechos jurisdiccionales de la nobleza. El jurado apareció sobre la estepa. Es

verdad que el Gobierno se reservó la arbitraria facultad de declarar los delitos que debían ir ó no al jurado; pero la raíz de la institución existe, y de esa raíz brotarán nuevas reformas. Las asambleas provinciales vieron ampliados sus derechos y crecida su influencia administrativa. Modificáronse algo las pésimas prácticas de la burocracia, y se prometió algún respiro á este pueblo siervo. El despotismo se dulcificó un poco. Y con la dulcificación del despotismo, se abrieron un tanto á la esperanza las almas encerradas bajo la antigua servidumbre. Hubo quien presintió la aparición de nuevos Estados generales; quien demandó para Rusia la palabra, la tribuna. Pero la palabra no le será nunca de grado concedida por el despotismo: que la palabra, henchida de ideas, es el Verbo de la redención social.

El movimiento revolucionario no se detuvo por esta causa. El espíritu humano tiene la sed infinita, la sed insaciable del bien; y á cada reforma que alcanza, siente necesidad de otra reforma. El pueblo ruso demostraba que no era el antiguo pueblo romano, y que no había perdido por completo en sus hierros la noción de sus derechos. Cuando las tribus bárbaras avanzaban, y el imperio romano se perdía, los Césares gritaban desde sus despedazados troncos, con la desesperación de verdaderos naufragos: libertad, libertad. Y el pueblo romano, acostumbrado á cinco siglos de esclavitud, se preguntaba á sí mismo, y preguntaba á los demás ¡libertad! ¿qué es eso de libertad? Había perdido hasta la conciencia de su derecho. El pueblo ruso amó y aceptó la libertad, como un don celeste; y se regocijó de obtenerla sobre aquel terruño regado con su sudor y con sus lágrimas.

CAPITULO XXV.

CONFLICTOS Y PERSECUCIONES.

La idea continuó su camino, lo continuó perseverantemente. Herten, Ogaref, desde el destierro, tocaban á rebato contra el viejo despotismo decadente, reo convicto y confeso de las desgracias de Rusia. Pero como el despotismo no puede existir sin suscitar conflictos, sobrevino la guerra de Polonia, que deslumbrada por la reciente emancipación de Italia, quiso de nuevo demostrar su vida en su martirio. Los publicistas revolucionarios rusos doliéronse de las desgracias de Polonia, y demandaron para esta nacionalidad invencible la autonomía, el derecho. Los odios contra Polonia son verdaderamente en Rusia odios nacionales. Acuérdate aun los rusos de aquellos tiempos en que eran esclavos de los polacos. Crean que la oposición de los polacos á unificarse con ellos es fundamentalmente una infame, una escandalosa traición á la raza eslava. Llámense á sí mismos los demócratas de esta raza, y llaman á los polacos los aristócratas, los señores feudales. Por consecuencia piensan que toda defensa de Polonia

es una defensa del feudalismo militar y de la teocracia. Los republicanos desterrados en Londres y en Ginebra, no podían participar de este sentido. El espíritu occidental los envolvía como la atmósfera, y para el espíritu occidental, Polonia es un pueblo mártir, un pueblo tres veces descuartizado, un pueblo, cuya indomable vitalidad asombra, y que tiene derecho á tomar cuerpo y sentarse entre las naciones europeas. Algunos de estos principios resplandecían vivamente en las obras, en los artículos de los republicanos rusos diseminados por Occidente. Rusia los maldijo. Así, el escritor nacional, cuyas cóleras tomaban la grandeza de las cóleras de todo un pueblo, cuyos escritos eran los escritos de toda una raza; capaz de despertar con su acera da palabra en las huesas los restos de los rusos esclavizados por Polonia, y capaz también de predicar una Cruzada exterminadora contra los católicos á la manera de la Cruzada católica contra los Albigenses; el escritor de esta fuerza, de este empuje, númen é inspiración

de la *Gaceta* de Moscow, llamábase Katkof, y presentaba á los ojos de sus lectores entusiasmados el ministerio de la raza eslava en el mundo: llevar su pura sangre, su espíritu luminoso, su personalidad libre y su disciplina social á las razas occidentales necesitadas de una renovacion de su vida. Para este fin el Czar es como un jefe á caballo de una raza en armas, y Polonia un soldado de la vanguardia que se pasa á los enemigos, á los Emperadores y á los papas de Occidente. Era necesario ó someter ó matar á ese soldado. Por eso Katkof aplaudía las deportaciones á Siberia, los fusilamientos en las plazas de Varsovia, la violacion de las Iglesias, los incendios de las selvas; y presentaba á Mouravief en Polonia, como un ángel exterminador, que cumplía apocalípticamente los mandatos del Eterno.

La desgraciada revolucion polonesa circundó las sienes del escritor panlavista con una aureola de gloria. Pero el hervor de sus pasiones le llevó más allá del alcance de su pensamiento. Katkof ha admirado mucho las instituciones británicas, y ha caído en el bizantinismo ruso. Katkof se ha educado en Alemania y ha tenido, por odio á Occidente, que odiar también la patria de su espíritu. Katkof posee una razon independienté, y la ha sometido á la ortodoxia griega. Al representar el sentido de su raza, no lo ha purificado, lo ha seguido con ceguera incurable, y lo ha cegado también con sus propias preocupaciones. Coincidiendo con la guerra de Polonia, sobrevinieron los incendios de Rusia. Las llamas brotaban por todas partes. Desde los barrios populosos de Petersburgo, hasta las humildes chozas del campo humeaban, como si furias invisibles recurrieran con la tea en la mano todos los espacios de la nacion. Al mismo tiempo que estos incendios devastaban el suelo, innumerables manifiestos republicanos movían y alarmaban las conciencias. Para que nada faltase, los estudiantes se amotinaban en las Universida-

des. El partido republicano fué denunciado por Katkof, como perturbador, como rebelde, como incendiario. El poeta Michailof, enviado á Siberia y muerto allí; el periodista Tehernychevski, encerrado en una fortaleza; el desdichado Mastsanof, siervo que habia conseguido la emancipacion de su cuerpo, y que aspiraba á la emancipacion de su alma, encontrando en su nueva aspiracion toda suerte de males, dicen bien claramente que el despotismo, al sentirse criticado y urgado, habia sentido también renacer en sí la histórica, la implacable furia del Czar Nicolás. A estas desgracias del partido revolucionario ruso, sucedieron otras que escitaron aun más contra él y sus adeptos, la antigua cólera moscovita. Un dia se cometió terrible atentado contra la persona del Emperador. El brazo de un siervo que apartara la pistola, salvó la vida del Czar. La opinion pública imaginó que el regicida era un polaco. Pero el regicida resultó ruso, y ruso revolucionario. De aquí nuevo ensañamiento en la prensa contra la revolucion, y nuevas persecuciones contra los liberales. La idea que verdaderamente se ha abierto paso hasta el poder, ha sido la idea de Mr. Milutine, la idea del Czar revolucionario, la idea del Czar demócrata, la idea del Czar combatiendo á la aristocracia y amparando á la plebe como los Césares romanos. Pero al partido revolucionario no le satisface y prosigue incansable, ya desde las sociedades secretas, ya desde las columnas de una prensa semi-libre, ya desde el destierro, la reivindicacion gloriosísima de la libertad, y la preparacion necesaria á la República.

¡Extraña Rusia! Bajo el dominio de una Iglesia intolerante las sectas más discordes pululan: unas que interpretan por sí mismas la Biblia á la manera protestante; otras que aguardan como los judíos el Mesías libertador de su raza; muchas que profesan, ya el principio maniqueo del eterno reinado sobre la naturaleza, en fuerzas iguales del bien y del mal, ya la práctica bárbara de la mutilacion á

lo Orígenes; algunas que corren á los desiertos, y allí encienden hogueras donde se abrazan voluntariamente los fanáticos; innumerables, que creen falseado el Nuevo Testamento y perdido el Viejo, vivo aun Cristo y errante sobre la tierra, vivo aun Pedro I, que encarna una de las manifestaciones del Mesianismo y que vendrá pronto á redimir á la tierra, mientras otras sectas, para las cuales el espíritu humano todavía no ha sufrido ninguna de sus maravillosas trasformaciones, hijas naturales de la Edad Media, aplican el oído á tierra, y aguardan silenciosas el momento supremo en que los cielos se desvanezcan como un vapor, y el planeta se disipe y se deshaga como un monton de cenizas, entre las espadas centelleantes de los ángeles exterminadores, y la cólera de Dios volcada como inmenso océano de hiel sobre todos los orbes. Y si bajo una Iglesia intolerante las sectas pululaban de esa suerte, bajo un cesarismo inmenso, que lleva en sus sienes como corona de diamantes los hielos del polo y en sus pies como sandalias de esmeraldas

las ondas del Mediterráneo; que toca desde el frio mar blanco, hasta el meridional mar negro; que se enrosca á una porcion inmensa del planeta y penetra en el centro de los dos grandes continentes asiático y europeo; que cuenta bajo su cetro las razas más variadas, el germano que se gloria de su carácter europeo, y el mongol, que conserva su carácter asiático; el lapon del polo, y el tártaro de la estepa; el griego, que es la raza más ilustre en lo pasado, y el eslavo, que espera ser la raza más ilustre en lo porvenir; bajo un cesarismo inmenso; armado de tantas fuerzas, defendido por tantos ejércitos; se reunen varios entusiastas apóstoles, oscuros, desarmados, hablando ó escribiendo desde el destierro, pero que hacen temblar á sus tiranos, porque tienen una fuerza incontrastable, la fuerza de una idea, cuya virtud ha de convertir, más tarde ó más temprano, esas legiones de razas siervas en una federacion, en una democracia, en una libre y humanitaria República.